

si entonces hubiese sentido la necesidad de consolarse en su frío celibato desde que su única alegría en este mundo, el abogado Morano, la abandonaba de aquella manera tan cruel.

Vestida siempre con un traje de color oscuro, mostrábase tan activa, era tan delgada é iba tan encorsetada que, de espaldas, se la habría podido tomar por una joven siendo ella el alma negra del vetusto palacio. Y Pedro, que la encontraba en todas partes, rondando como ama de gobierno cuidadosa y velando celosamente por el cardenal, la saludaba en silencio sobrecogiéndole cada vez frío en el corazón al verla con el rostro tan seco, cortado por largas arrugas en cuyo centro campeaba la voluntariosa nariz de la familia. Pero *donna* Serafina apenas le devolvía el saludo, siendo completamente extraña y desdenosa para aquel humilde clérigo al que solo toleraba en su intimidad para complacer á monseñor Nani y no desagradar al vizconde Filiberto de la Choue que había llevado tan grandes peregrinaciones á Roma.

Poco á poco, y al observar todas las tardes la esperanza, la ansiosa alegría y la impaciencia de amor de Darío y Benedetta, acabó Pedro por apasionarse con ellos, deseando una solución pronta. El asunto tenía que volver á presentarse ante la congregación del Concilio cuya decisión primera en favor de la nulidad del matrimonio quedó sin efecto por haber pedido el defensor del matrimonio, monseñor Palma, en uso de su derecho, una ampliación de la prueba. Aparte de eso, semejante decisión tomada por un voto de mayoría, no la habría aprobado seguramente el Santo Padre. Se trataba, en suma, de conquistar votos entre los diez cardenales de que se componía la congregación, conven-

cerlos, para obtener la casi unanimidad. La tarea era por demás ardua, porque la parentela de Benedetta, ese tío suyo cardenal, que parecía debía facilitar todo, contribuía á entorpecerlo. agravando las cosas en medio de las complicadas intrigas del Vaticano, de rivalidades que trataban de anular al papa posible, apelando para conseguirlo, á eternizar el escándalo; y á la conquista de esos votos era á lo que se lanzaba *donna* Serafina todas las tardes, dirigida por su confesor, el padre Lorenza, al que iba á visitar á diario al Colegio Germánico, último refugio en Roma de los Jesuitas desde que habían dejado de ser los dueños de Jesús. La esperanza del éxito se fundaba en que Prada, irritado, cansado con aquel pleito, había manifestado terminantemente que no se presentaría más. De tal manera le parecía odiosa y ridícula la acusación de impotencia que ni siquiera respondió á las repetidas citaciones, sobre todo desde que Lisbeth, su amante pública, á los ojos de todos, estaba en cinta y llevaba en sus entrañas un hijo suyo. Callábase pues, afectando no haber estado casado nunca por más que la herida de su deseo no saciado, de su orgullo de macho rechazado y despreciado, seguía en el fondo manando sangre, abriéndose continuamente con las historias sin fin que corrían de boca en boca y las dudas que acerca de su paternidad hacía circular la sociedad negra. Y puesto que la parte contraria desistía, desaparecía por su propio albedrío, se comprendía la esperanza de Benedetta y de Darío cuando todas las tardes, al volver *donna* Serafina, les anunciaba que creía haber ganado el voto de un cardenal.

El hombre terrible, el hombre que á todos asustaba, era monseñor Palma, el abogado de oficio elegido por la congregación para defender el sagrado lazo del ma-

matrimonio. Tenía derechos casi ilimitados, podía apelarse aun otra vez, y en todo caso hacer que el pleito durase cuanto se le antojase. Su primer escrito, en respuesta al de Morano había sido terrible, poniendo en duda el estado de virginidad; citando científicamente casos en que mujeres que habían sido poseídas, presentaban las mismas particularidades de aspecto citadas por las comadronas; solicitaba además en su escrito que se procediese á un examen médico detenido por dos peritos que atestiguaran bajo la fé del juramento, y por último, declaraba que siendo la condición primera la obediencia de la esposa, la demandante, aun cuando fuese virgen, no tenía fundamento para reclamar la anulación de su casamiento que no se había podido consumir por su resistencia. Y se anunciaba que en el nuevo escrito que preparaba se mostraría aun más implacable, de tal manera era absoluta su convicción. Ante tan hermosa energía de la verdad y de la lógica, iba á ser lo peor, el que los cardenales, ni aun los más benévolos, no se atreverían jamás á pedir la anulación del matrimonio al papa. Por esto el desaliento empezaba á apoderarse otra vez de Benedetta cuando *donna* Serafina, al regresar de una visita hecha á monseñor Naní la tranquilizó un poco, diciéndole que su amigo común se había encargado de visitar á monseñor Palma; pero que esto sin duda costaría muy caro. Monseñor Palma, teólogo muy avezado á toda clase de cuestiones canónicas y hombre de intachable honradez, había tenido una gran pena en su vida: la de tener una sobrina pobre y de admirable belleza de la que se enamoró locamente en su edad madura y para evitar el escándalo tuvo que casarla con un ganapán que la pegaba y saqueaba. Las apariencias seguían siendo dignas, mas el prelado pasaba á

la sazón por una crisis tremenda, cansado de dar cuanto tenía y no quedándole ni el dinero necesario para sacar á su sobrino de un mal paso, de una trampa hecha en el juego. Y el hallazgo fué salvar al sobrino pagando la deuda y obtenerle enseguida una colocación, sin pedir nada á su tío, que una noche, á hora muy avanzada, como si se convirtiese en cómplice, fué llorando á dar las gracias á *donna* Serafina por su bondad.

Aquella noche hallábase Pedro haciendo compañía á Darío, cuando entró Benedetta riendo y palmoteando alegremente.

—¡Está hecho! ¡Está hecho! Ahora sale del cuarto de mi tía á la que juró eterno reconocimiento. Héle ahí ahora obligado á ser amable.

Menos confiado preguntó Darío:

—Pero ¿le han hecho firmar alguna cosa? ¿Se ha comprometido formalmente?

—¡Oh! ¿Y cómo quieres que se hiciera eso? ¡Es tan delicado! Se asegura que es un hombre honradísimo.

Benedetta empezó, sin embargo, á experimentar nueva inquietud. ¿Y si monseñor Palma, á pesar de la importancia del gran servicio recibido, siguiese siendo incorruptible? Esa idea les preocupó desde entonces y su espera empezaba de nuevo.

—Lo que no te he dicho aún,—añadió Benedetta pasado un momento en silencio,—que me decidí al cabo al dichoso reconocimiento. Sí; esta mañana fuí á casa de dos médicos con mi tía.

Sonreíase Benedetta y no parecía cortada en lo más mínimo.

—¿Entonces?...—preguntó Darío con la misma tranquilidad.

—Entonces ¿qué quieres? Pues han visto que yo no mentía y han redactado cada uno una especie de certificado en latín... Esto parece que es indispensable para que monseñor Palma cambie de opinión.

—¡Ah! ¡Ese latín, señor abate! Habría deseado saberlo y me acordé de vos para que tuvieseis la amabilidad de traducírmelo; pero mi tío no quiso dejar los documentos é inmediatamente se han unido á los autos.

Limitóse el presbítero, muy apurado, á contestar con un signo afirmativo hecho con la cabeza, porque no ignoraba lo que eran esa clase de certificados; una descripción clara y completa, en términos precisos, con todos sus detalles de estado, de color y de forma. Los amantes no perdían allí para nada el pudor, pues sin duda les parecía muy natural ese examen, puesto que de él dependía toda la felicidad de su vida.

Y por último,—dijo Benedetta,—confiemos en que monseñor Palma será agradecido y mientras tanto, Darío mío, cúrate pronto para cuando llegue el hermoso día tan deseado de nuestra dicha.

Había cometido la imprudencia de levantarse demasiado pronto y su herida se había vuelto á abrir lo que le iba á obligar á guardar cama durante unos cuantos días más. Y Pedro volvió, al atardecer, á hacerle compañía y á distraerle contándole sus paseos. Enardecías, entonces, recorría los baños de Roma y descubría con embeleso las clásicas curiosidades catalogadas en todas las *Guías*. Así fué como en una velada le habló con una especie de ternura de las principales plazas de la ciudad, que al principio se le figuraron de poca monta, pero que á la sazón parecíanle mas diversas teniendo cada una una profunda originalidad: la plaza del Pópulo, tan so-

ada, tan noble, con su monumental simetría; la plaza de España, el punto de reunión tan animado de todos los extranjeros, con su doble escalera de ciento treinta y dos escalones, dorada por los estíos y de una amplitud y de una gracia gigantescas; la plaza Colonna, vasta, siempre hormigueante de pueblo, la más italiana, con su multitud indiferente llena de pereza y de insular esperanza, en pié ó charlando al rededor de la plúmna de Marco Aurelio y esperando á que la fortuna les caiga del cielo; la plaza Navona, larga, regular, desierta desde que el mercado dejó de celebrarse allí y guardando el melancólico recuerdo de su animada vida de antaño; la plaza del Campo de Fiori invadida todas las mañanas por el tumulto del mercado de frutas y por el de legumbres y verduras, por toda una plantación de grandes paraguas, colosales montañas de tomates, pimientos, uvas y géneros de todas clases en medio de una ola chilladora de vendedoras y compradoras. La sorpresa grande la experimentó en la plaza del Capitolio, que evocaba en él la idea de una cima, de un alto, de un lugar descubierta desde el que se dominase la ciudad y el mundo y se encontró con un espacio cuadrado, pequeño, encerrado entre tres palacios, abierta sólo por un lado sobre un horizonte muy limitado y cortado por algunos tejados. Nadie pasa por allá y hay que subir por una rápida rampa que bordean algunas palmeras y que únicamente los forasteros hacen un rodeo para llegar en coche hasta arriba. Los vehículos esperan y los ansiosos viajeros páranse un momento con la nariz al aire ante admirable bronce antiguo, el Marco Aurelio á caballo que está colocado en el centro. A eso de las cuatro cuando el sol dora el palacio de la izquierda y se des-  
acaban sobre el cielo azul las finas estatuas de la cornisa,

diríase se halla uno en una plaza de provincias, con silleros de piedra blanca, con sus brascas pendientes que mujeres de la vecindad que hacen media, sentadas balan vuelta, sus terrazas que se extienden, sus conven- el pórtico y sus bandadas de chiquillos mal trajeados y seminarios de cerradas ventanas lo mismo que sueltos allí como escuela á la hora de recreo.

Y otra velada manifestó Pedro á Darío y Benedetta que cuan grande era la admiración que le producian las fuentes de Roma, la ciudad del mundo en que las aguas corren con mas abundancia y magnificencia entre mármol y el bronce; desde la Navecilla de la plaza de España, el Tritón de la plaza de Barberini; las Tortugas de la estrecha plaza á que dan su nombre, hasta las tres fuentes de la plaza Navona, en cuyo centro triunfa la vasta composición de Bernín, y sobre todo, la colosal fuente de Treví, de gusto fastuoso y que domina Dios Neptuno entre las estátuas de la Salud y de la Providencia. Otra noche regresó muy gozoso manifestando á Darío que, al cabo, había conseguido explicarse el efecto singular que le producian las calles de la antigua Roma, al rededor del Capitolio y á lo largo del Tíber donde, en todas partes, las casuchas se agrupaban en los costados de los palacios de los príncipes y era el que aquellas calles no tenían aceras y los peatones iban por el centro, sin apresurarse, cruzando por entre los coches, sin ocurrírseles jamás la idea de escurrirse por las dos orillas y por el lado de las casas. Barrios antiguos de que estaba enamorado, calles que sin cesar se desmenuzaban con continuas vueltas, estrechas é irregulares plazas, palacios enormes y cuadrados y como de aparecidos entre la multitud empujante de casuchas que por todas partes los inundaba.

El barrio del Esquilino le sorprendió también, al encontrar por todas partes escaleras que suben, empedradas con guijarros grises y orlado cada escalón con bor-

lillo de piedra blanca, con sus brascas pendientes que mujeres de la vecindad que hacen media, sentadas balan vuelta, sus terrazas que se extienden, sus conven- el pórtico y sus bandadas de chiquillos mal trajeados y seminarios de cerradas ventanas lo mismo que sueltos allí como escuela á la hora de recreo. habitaciones muertas, y una elevada y desnuda tapia, encima, de la cual asoma una soberbia palmera en el azul sin mancha del cielo. Y, otra noche contó que, habiendo llevado más lejos su paseo, hasta la Campicorren con mas abundancia y magnificencia entre la Campiña, á lo largo del Tiber, aguas arriba del puente Molle, volvía entusiasmado por haber tenido la revelación de un arte clásico de que, hasta entonces, apenas había disfrutado. A lo largo de las orillas de un rio amarillento, acababa de ver varios polluelos que seguían á sus cluecas: río lento, las orillas bordeadas de matorrales, bajos acantilados, recortados, cuya blancura yesosa se destacaba sobre los rojos fondos de la inmensa ondulante planura que sólo limitaban las azuladas colinas del horizonte, algunos árboles cortados y medio secos y la ruina de un pórtico abierto sobre el vacío en lo alto de la orilla y una fila oblicua de pálidos carneros que iban al abrevadero, mientras que el pastor, apoyado de espaldas en una verde encina, contemplaba la escena. Belleza especial, amplia y rojiza, hecha con una nada, simplificando hasta la línea recta y plana, y el todo ennoblecido por los grandes recuerdos históricos; las regiones romanas atravesando la desnuda Campiña por las vías enlosadas; después el prolongado sueño de la Edad Media y luego después el despertar de la antigua naturaleza en la fé católica, la que, por segunda vez, hizo de Roma la señora del mundo.

Un día que Pedro había ido á visitar el Campo Verano, el gran cementerio de Roma, encontró, al regresar al atardecer, á Célia en compañía de Benedetta á la cabecera del lecho de Darío.

—¡Cómo! ¿Os divierte, señor abate, el ir á vis los muertos?—exclamó la princesita.

—¡Ah! ¡Estos franceses!—dijo Darío al que la idea de un cementerio desagradaba.—¡Estos franceses Echan á perder tontamente la vida con su afición á espectáculos tristes.

—Pero,—observó Pedro con mucha dulzura,—hay nada que escape á la realidad de la muerte; lo jor es por lo tanto contemplarla cara á cara.

De pronto se incomodó Darío.

—¡La realidad! ¡La realidad! ¿Y á qué cond Cuando la realidad no es hermosa yo no la quiero rar y hago esfuerzos para no pensar nunca en ella.

Con su aire tranquilo y sonriente el presbítero continuó, á pesar de todo, diciendo cuanto le había sorprendido el buen orden del cementerio, el aire de fin que el sol de otoño le comunicaba y un lujo grande de mármol en todo, estatuas de mármol puestas sobre los sepulcros, capillas de mármol, monumentos de mármol. Seguramente obraba allí el arte antiguo; los suntuosos sepulcros de la vía Apuliana surgían allí con su pompa y orgullo desmesurado en la muerte. En la altura era en donde sobretodo la nobleza romana tenía su barrio aristocrático, un montón de verdaderos templos, de estatuas colosales, de esculturas con numerosos personajes, á veces de un gusto deplorable, pero que habían costado muchísimos millones. Y lo que llamaba la atención, entre los tejos y los techos era la conservación admirable, la intacta belleza y cura de los mármoles, que doraban los ardientes estatuas sin una mancha de musgo, sin esas placas mohosas que la lluvia marca las estatuas en los países del Norte y que las hacen tan tristes.

Benedetta, que hasta entonces permaneciera silenciosa, conmovióse con el malestar de Darío y al cabo interrumpió á Pedro diciendo á Celia.

—¿Y la cacería fué muy interesante?

En el momento en que llegó el presbítero estaba Celia, la princesita, hablando de una cacería de zorras á la que su madre la había llevado. ¡Oh! ¡Qué cosa más interesante, querida, no hay nada que lo sea tanto!

La cita era por la tarde, allá abajo junto á la tumba de Cecilia Metella, en donde habían establecido el *buffet* bajo una tienda de campaña. Había allí mucha gente; la colonia extranjera, los jóvenes agregados de las embajadas, oficiales, esto sin contarnos nosotros como es natural, todos los hombres con levita encarnada, muchas señoras con amazona... La señal de partir se dio á la una y el galope duró más de dos horas y media, tanto por que la zorra fué á rendirse muy lejos, pero muy lejos... No pude seguir la caza pero á pesar de eso lo presencié todo ¡oh! hubo cosas extraordinarias pues han tenido que saltar todos por cima un muro muy elevado, franquear fosos, zanjas, setos, en fin una carrera desenfrenada detrás de los perros... Han ocurrido dos accidentes... poca cosa, un señor que se dislocó una muñeca y otro que se rompió, una pierna.

Escuchó Darío con pasión aquel relato porque las cacerías de zorras constituyen el gran placer de Roma; la alegría de la galopada á través de esa campiña romana tan llana y, sin embargo, tan herizada de obstáculos; la alegría de vencer las estratajemas de la zorra á la que persiguen los perros, sus continuas vueltas, su brusca desaparición algunas veces y su rendición al fin cuando cae molida de cansancio. El goce de la ca-

za sin escopeta, la caza por el único placer de correr tras la cola de aquella alimaña, superarla en velocidad y rendirla al cabo.

—¡Ah!—exclamó con desesperación.—¡Qué estúpido es tener que estar encerrado en esta habitación! Aquí acabaré por morirme de aburrimiento.

Benedetta se limitó á sonreír pero sin tristeza y sin lamentarse por aquel grito de egoísmo ingénuo, jella que se consideraba tan dichosa al tenerle allí, en aquella habitación en donde no recibía más cuidados que los suyos! Pero su amor, tan juvenil y á la vez tan prudente, tenía un no se qué de maternal que la hacía comprender que Darío no se divertía al verse privado de sus distracciones favoritas, separado de sus amigos, á los que habían mantenido apartados por temor de que la historia del hombro desconjuntado les pareciera sospechosa. Ya no había fiestas, veladas pasadas en el teatro, ni visitas á las damas. Y sobre todo, lo que echaba más de menos era el Corso, siendo aquella falta para él un sufrimiento, una desesperación, al no poder ver ni saber, al contemplar, de cuatro á cinco de la tarde, como desfilaba Roma entera por allí. Por esto, cuando se presentaba un íntimo, todo eran preguntas interminables, si habían visto á uno, si aquel otro volvió á presentarse y como concluyeron los amores de un tercero y si alguna nueva aventura trastornaba la ciudad, historia al menudeo, grandes hablillas de un día, intrigas pueriles de una hora en las que, hasta entonces, habíanse consumido todas sus energías viriles de hombre.

Celia, á la que agradaba darle cuenta de inocentes hablillas, después de una silenciosa pausa, añadió fi-

jando en él sus ojos cándidos, sus ojos sin fondo de virgen enigmática:

—¡Cuánto trabajo cuesta el componerse un hombre!

¿Había adivinado la verdad aquella niña, cuya única preocupación era el amor? Cortado Darío miró á Benedetta que continuaba sonriendo con aire plácido; pero ya la princesita había cambiado de tema.

—¡Ah! ¡Si supiéseis, Darío, ayer en el Corso, he visto una dama!...

Y se calló sorprendida ella misma y apurada por aquella noticia que se la había escapado; pero, después, con mucho ánimo, continuó, como amiga de la infancia que está enterada de todos los secretillos amorosos:

—Sí, á una linda personita á la que conocéis mucho y por cierto que, á pesar de todo, llevaba un ramo de rosas blancas.

Esta vez se rió Benedetta, alegremente mientras que Darío la mirada riéndose también. Los primeros días habíale hecho broma porque una cierta dama no enviaba á preguntar por él. Aquella ruptura, hasta cierto punto natural, no enojaba á Darío, por que las relaciones empezaban á hacerse embarazosas y por más que su fatuidad de buen mozo estuviese un tanto resentida, púsose contento al enterarse de que la Tonietta le había ya reemplazado.

—¡Ah!—se limitó á decir.—¡Los amantes llevan siempre la peor parte!

—El hombre al que se ama jamás está ausente,—declaró Celia con su aire grave y puro.

Benedetta se puso en pie para arreglar las almohadas en que apoyaba la espalda el convaleciente.

—Vamos, Darío,—le dijo,—todas esas miserias han concluído; te guardaré á mi lado y no amarás á nadie más que á mí.

Contemplóla él con pasión, besándola en los cabellos, por que Benedetta le decía la verdad, pues nunca había amado á nadie más que á ella. Tampoco se equivocaba Benedetta al pensar guardarle para siempre para ella sola en cuanto pudiese darse á él. Desde que le veía en el fondo de aquella habitación, considerábase dichosa al encontrarle tan niño y tal cual le amara en otros tiempos bajo los naranjos de la villa Montefiori. Conservaba Darío una puerilidad extraña, debida sin duda al empobrecimiento de la raza, esa especie de retorno á la infancia que se observa en los pueblos demasiado viejos, y jugaba en su cama con estampas, ó pasaba horas enteras contemplando fotografías que le hacían reír. Habíase acrecentado mucho su incapacidad para sufrir y quería que Benedetta estuviese alegre y cantase, divirtiéndola á ésta la gentileza de su egoísmo que le hacía soñar iba á llevar á su lado una vida de continuas alegrías. ¡Ah! ¡Qué bueno iba á ser vivir siempre juntos al sol, sin hacer nada, ni preocuparse por ninguna cosa y aunque el mundo se hundiese en algún lado, no tomarse el trabajo ni la molestia de irlo á ver!

—Pero lo que me agrada más que todo,—dijo bruscamente Darío,—es que veo que al fin el señor abate se enamoró de Roma.

Pedro, que hasta entonces había escuchado en silencio, asintió con muy buena voluntad.

—Sí, es cierto.

—Estuvimos acertados al decirnos que se necesitaba tiempo, pero mucho tiempo, para comprender y amar

á Roma,—observó Benedetta.—Si no hubiéseis estado aquí más que quince días, os habríais llevado una idea muy deplorable de nosotros, mientras que ahora, y después de pasados dos meses largos, estamos más tranquilos porque sabemos que siempre os acordaréis de nosotros con ternura.

Estaba deliciosamente encantadora al hablar así y Pedro se inclinó por segunda vez. Había reflexionado ya en el fenómeno y creía tener la solución. Cuando se llega á Roma, se lleva una Roma suya, una Roma soñada, de tal manera ennoblecida por la imaginación, que la Roma real es el peor de los desencantos. Es preciso esperar á que se forme la avezadura, la habitación, que la realidad mediocre se atenua, para dar tiempo á la imaginación para que pueda trabajar de nuevo y para no ver las cosas tal cual son más que á través del prodigioso esplendor del pasado.

Celia se puso en pie para despedirse.

—Hasta la vista, querida, ¿con qué muy pronto será ese casamiento? ¿No es verdad, Darío? Ya sabéis que quiero desposarme antes de fin de mes; ¡sí! ¡sí! Será un gran día y una gran fiesta que obligaré á mi padre que dé... ¡Ah! ¡Qué bueno sería que las dos bodas pudiesen celebrarse al mismo tiempo!

Fué á los dos días de ocurrir esto cuando Pedro, después de dar un largo paseo por el Transtibere, paseo al que siguió una visita al palacio Farnesio, comprendió que se iba formando en su mente la terrible y melancólica verdad sobre Roma. Muchas veces había recorrido el Transtibere, cuya mísera población le atraía dada su conmovedora pasión por los míseros pobres y los que sufren. ¡Ah! ¡Qué cloaca de ignorancia y de miseria! Había tenido ocasión de ver en París rincones abo-

minables de algunos barrios, ciudades espantosas en las que la humanidad se pudría en montón; pero nada se acercaba á aquel estancamiento del abandono y la suciedad. Aún en los días más hermosos, días de ese espléndido país del sol, una sombra húmeda helaba las callejuelas tortuosas, ahogadas y semejantes á corredores de cueva. Y no había nada comparable á aquellos olores horribles; una náusea que oprimía la garganta al pasar, un hedor formado por los olores de legumbres ágrios, aceite rancio del ganado humano encerrado allí entre sus propios excrementos. Era aquello un conjunto de casuchas irregulares, arrojadas en ese confuso desorden que tanto agrada á los artistas románticos, con puertas negras y abiertas, que se hundían en la tierra, escaleras exteriores que subían hasta los pisos más altos, balcones de madera que se sostenían en equilibrio, como por milagro sobre el vacío.

Había allí fachadas medio caídas que fué preciso sostener con vigas, y sórdidas habitaciones cuya desnudez veíase desde la calle á través de ventanas sin maderas ni cristales; tiendas del comercio más ínfimo, toda la cocina al aire libre de un pueblo en que reina la pereza y en el que no se enciende lumbre; las freidurías con sus platos de *polenta* (1) y sus pescados nadando en un aceite mal oliente; los vendedores de legumbres cocidas, exponiendo enormes nabos, apios, coles, espinacas frías y viscosas. La carne que vendían en las carnicerías estaba mal cortada, negra; y se veían cuellos de reses con sangrientos pingajos, como arrancados. Las fruterías no tenían más que pimientos y piñas de pino, con sus puertas adornadas con rastras de tomates secos y sujetos con un

(1) Especie de gachas, confeccionadas con harina de maíz, agua y sal, alimento muy usual en Lombardía especialmente entre los campesinos.

hilo. Las únicas tiendas de aspecto algo agradable eran las de los salchicheros con sus salazones y sus embutidos cuyo olor fuerte atenuaba algo el infecto del arroyo. Las administraciones de loterías, con sus gigantescos números, alternaban con las tabernas; de estas había una á cada treinta pasos y en ellas se anunciaban con grandes rótulos los vinos de los Castillos Romanos, Genzano, Marino y Frascati. Por todo el barrio agitábase una multitud hormigueante, llena de andrajos y cubierta de negra suciedad, bandadas de chiquillos medio desnudos y á los que se comían vivos los piojos, mujeres desgrefñadas en mangas de camisa, con faldas sucias, llenas de grasa y que no hacían más que chillar y gesticular; viejos, sentados en bancos é inmóviles bajo el vuelo de los enjambres de moscas que los cubrían, toda una vida, en fin, ociosa y agitada, en medio del continuo ir y venir de carretoncillos arrastrados por asnos, de manadas de pavos guiadas á latigazos por algunos hombres y varios curiosos viajeros que lo examinaban todo con inquietud y sobre los que se arrojaban enseguida bandadas de mendigos. Algunos tachueleros instalábanse tranquilamente con sus viejos zapatos en la calle y allí trabajaban; en la puerta de un sastre veíase un cubo viejo lleno de tierra, convertido en maceta en la que crecía una planta grasa. Y en todas las ventanas, en todos los balcones, en cuerdas tendidas de un lado á otro, de casa á casa, á través de la calle, estaba puesta á secar la ropa, un adorno de andrajos sin fin y sin número que eran como otras tantas simbólicas banderas de aquella miseria abominable.

En su alma llena de fraternidad sintió Pedro que se elevaba un impulso de inmensa compasión. ¡Ah! ¡Sí! Había sido preciso derruir aquellos barrios de sufri-

miento y de peste, en los que el pueblo se había corrompido durante tanto tiempo como en una cárcel envenenada y era partidario del saneamiento, de la demolición, aunque para ello hubiese que matar la antigua Roma con gran escándalo de los artistas. El Transtibere estaba ya muy cambiado; nuevas vías lo despanzuraban, con agujeros, por los que después del pico de moleador había penetrado el aire y el sol que iluminaba aquel suelo infecto. Lo que quedaba parecía más negro, más inmundo, en medio de aquellos restos de derribos, de aquellas brechas recientes, de vastos solares en los que no habían podido reconstruir nada aún. Esa ciudad en evolución le interesaba muchísimo; más adelante quizás concluirían de edificarlas pero mientras tanto, que hora más apasionada esa que en la ciudad antigua agonizaba en la nueva y á través de tantas dificultades! Era necesario haber conocido la Roma de las inmundicias, ahogada bajo los excrementos, las aguas de las alcantarillas y los restos de las verduras y las basuras.

El Ghetto, derribado recientemente, había, desde hacía tantos siglos impregnado de tal manera el suelo con la humana podredumbre, que de su emplazamiento, al quedar al descubierto, lleno de baches y de escombros, seguía exhalándose infame pestilencia. Hacían muy bien al dejarlo de aquella manera, para que se secase y se purificase con el aire y con el sol. En todos esos barrios en las dos orillas del Tiber, en los que se han emprendido trabajos de edilidad de mucha consideración, se encuentra á cada paso el mismo espectáculo. Se sigue una calle estrecha, mal oliente, de una humedad glacial, pasando por entre sombrías fachadas con tejados que casi se tocan y de pronto se va á parar á un claro,

pero á un claro abierto á hachazos entre el bosque de vestutas casas leprosas. Encuéntranse en esos claros, plazoletas, anchas aceras, elevados edificios blancos, cargados de esculturas; pero todo el conjunto en estado de boceto, sin concluir aun, lleno de andamiajes y cerrado por toscas vallas. Por todas partes los comienzos de grandes vías proyectadas, un colosal taller de cantería que la crisis económica paró de repente y del que parece amenaza detener eternamente el trabajo; la ciudad de mañana detenida en su crecimiento, habiéndose quedado en tan angustiosa situación con sus comienzos desmesurados, demasiado precoces y que desentonan. Mas no por eso la obra dejaba de ser buena y sana, de una necesidad social indiscutible para una ciudad moderna, á no ser que se dejase á Roma que se pudiese en el mismo sitio, lo mismo que si fuese una curiosidad de pasados siglos, una pieza que en un museo se guarda entre cristales.

Aquel día Pedro, al dirigirse desde el Transtibere al palacio Farnesio, en donde le estaban esperando, fué por la calle de los Pettinari, después por la de los Giubbonari, la primera tan sombría, estrechada entre el gran muro negro del hospital y las casas miserables de enfrente; la segunda viviente con la continua oleada popular, alegrada por los escaparates de los joyeros con las alhajas y gruesas cadenas de oro y por los de los vendedores de telas en los que flotan grandes trozos de aquellas con sus vistosos colores azules, amarillos, verdes y rojos. El barrio obrero que acababa de recorrer, ese barrio obrero y ese otro barrio del comercio á la menuda, que atravesaba á la sazón, evocaron en su memoria el recuerdo de la espantosa miseria que había visto anteriormente, la masa lamentable de trabajado.

res decaídos, reducidos, por la huelga forzosa, á la mendicidad y campando por sus respetos en las soberbias y abandonadas construcciones de los Prados del Castillo. ¡Ah! ¡Pobre triste pueblo, al que habían impedido salir de la infancia, manteniéndole en una ignorancia y en una credulidad de salvaje, por siglos enteros de teocracia, y tan acostumbrado á la noche de su indigencia á los sufrimientos de su cuerpo, que permanece aun hoy fuera del despertar social, considerándose sencillamente feliz con tal de que le dejen gozar en paz de su orgullo, de su pereza y de su sol! Parecía ciego y sordo en su decadencia, continuaba la vida estancada de antaño, en medio de los trastornos de la Roma moderna, sin darse cuenta de ello más que por las molestias que le ocasionaban al ver que derriban los antiguos barrios en que vegetaba, las costumbres cambiadas; los víveres más caros, lamentándose de todo, como si la limpieza, la claridad y la salud le estorbasen, cuando era preciso pagarlas con todas las consecuencias de una crisis obrera y económica. Que quisiese ó no, era, sin embargo, en su obsequio, por lo que en el fondo se hacían todas aquellas obras limpiando á Roma y la reconstruían con la idea de convertirla en una gran capital moderna; porque la democracia se halla al extremo de todas las transformaciones actuales; es el pueblo el que heredará mañana esas ciudades de las que se expulsa hoy la suciedad y la enfermedad, y en las que acabará por organizarse la ley del trabajo que ha de matar la miseria. Y he ahí porque si se habla mal de las ruinas, á las que se limpió y quitó el polvo y á las que hoy se cuida con burgués esmero, del Coliseo libre de las hiedras y hierbajos, de sus arbustos y flores selváticas, que las jóvenes inglesas conservaban en sus herbarios, si se enojan

ante los elevados muros que encauzan el Tiber, echando de menos las antiguas orillas tan románticas, con sus umbrías y antiguos restos de edificios lamidos por el agua, es preciso decirse que la vida nace de la muerte y que mañana debe tornar á florecer sobre el polvo del pasado.

Pensando en todas estas cosas llegó Pedro á la plaza Farnesio, desierta y severa, con sus casas cerradas y sus dos fuentes, de las que la una, en pleno sol, desgranaba hilos de perlas en medio de un silencio profundo. Durante un momento contempló la fachada desnuda y monumental del pesado y cuadrado palacio, su elevada puerta sobre la que flotaba al aire el pabellón tricolor, las trece ventanas de su fachada y friso famoso de un arte tan maravilloso. Después de esto entró. Un amigo de Narciso Habert, uno de los agregados á la embajada cerca del rey de Italia, le esperaba allí pues le había prometido acompañarle á visitar el inmenso palacio, el más hermoso de Roma y que Francia alquiló para alojar en él á su embajador. ¡Ah! ¡Colosal mansión, suntuosa y mortal, con su vasto patio porticado y lleno de sombría humedad, su gigantesca escalera con peldaños bajitos, sus corredores interminables y sus galerías y salas desmesuradas! Era todo aquello de una pompa soberana en la muerte; de sus paredes desprendíase un frío glacial, penetrando hasta los huesos de las hormigas humanas que se aventuraban bajo sus bóvedas. El agregado, con discreta sonrisa, indicó que la embajada se aburría allí muchísimo, cociéndose en verano y helándose durante el invierno. Lo único que allí había, que fuese riente y animado era la parte ocupada por el embajador, el primer piso que tenía vistas al Tiber. Allí, desde la célebre galería de los Carrache,

se vé el Janículo, los jardines Corsini, Aqua Paola, por cima de San Pietro in Montorio. Después, pasado un vasto salón, encuéntrase el despacho, de una dulce tranquilidad é iluminado por el sol. El comedor, los cuartos, las demás salas que le siguen, ocupadas por el personal, no tienen más que la sombra triste de una calle lateral. Todas esas vastas habitaciones, de seis u ocho metros de elevación, tienen techos pintados ó admirablemente esculpidos, paredes desnudas, algunas adornadas con frisos, con mobiliarios descabalados, viéndose soberbias cónsolas antiguas, mezcladas con una prendería moderna. Y esa tristeza de las cosas llega á la abominación, cuando se penetra en las habitaciones de gala, en las grandes salas de honor que ocupan la fachada que da á la plaza; allí no hay un mueble ni una tapicería, nada más que un desastre, magníficas salas desiertas, entregadas á las arañas y á las ratas.

La embajada no ocupa más que una, en la que amontona los polvorientos legajos del archivo, en mesas de pino blanco, en el suelo y en todos los rincones. Al lado se halla la gran sala de dieciocho metros de altura, que coje dos pisos, que su propietario, el antiguo rey de Nápoles, se había reservado y que ahora sirve como de lugar de desahogo para colocar todo lo que estorba; hay allí bocetos, estátuas á medio hacer, un hermoso sarcófago en medio de un amontonamiento de restos de todas clases. Y esto no era más que una parte del palacio, pues su piso bajo está completamente deshabitado. Nuestra escuela de Roma ocupa un rincón del segundo piso, mientras que nuestra embajada se estrecha frioleramente en el rincón más habitable del primero, viéndose obligada á abandonar el resto, cerrando las puertas con doble llave para cortar

un inútil trabajo de tenerla que mandar barrer. Es por cierto régio el conjunto palacio Farnesio; construído por el papa Paulo III, ocupado durante más de un siglo por cardenales; pero ¡qué incomodidad más cruel, que horrorosa melancolía en aquella ruina inmensa, cuyas tres cuartas partes de habitaciones están sin habitar, como muertas, inútiles, imposibles y retiradas de la vida! Y por la noche ¡oh! ¡Por la noche, portal, patio, escalera, corredores, todo invadido por una oscuridad invasora, por espesas tinieblas, con las que en vano luchan algunos humeantes mecheros de gas! ¡Que viaje más interminable á través de ese lúgubre desierto de piedra para llegar hasta el salón templado y amable del embajador!

Salió Pedro de allí sobrecogido y zumbándole el cerebro. Y los demás palacios, todos aquellos que había visitado durante su permanencia en Roma y en sus largos paseos, evocáronse en su memoria, decaídos todos de su esplendor antiguo, vacíos de los régios trenes que antaño los animáran y destinados á no ser en adelante más que casas en las que se alquilaban pisos. ¿Qué hacer con aquellas salas grandiosas, con aquellas galerías, hoy que no hay fortunas capaces para sostener la vida factuosa para que se construyeron, ni aún para pagar y alimentar el personal numeroso que se necesitaría para su conservación? Son muy raros los príncipes que, como el príncipe Aldobrandini, con su numerosa prole, ocupan solos un palacio. La gran mayoría de ellos alquilan las antiguas mansiones de sus abuelos á sociedades, á particulares, reservándose un piso y á veces hasta alguna sencilla habitación en el sitio más apartado y oscuro. El palacio Chigi está alquilado, los bajos á varios banqueros;

el piso primero, al embajador de Austria, mientras el príncipe y su familia se reparten el segundo con el cardenal. Alquilado está el palacio Schiarrá; el primero, al ministro de negocios extranjeros, el segundo á un senador, y el príncipe y su madre no han reservado más que el cuarto bajo. El palacio Barberini también está alquilado, ocupando varias familias los bajos, primero y segundo piso, y el príncipe y los suyos se han instalado en el último, lo que fueron antiguamente habitaciones de los príncipes. Lo mismo sucede con el palacio Borghése, cuyo bajo ocupa un corredor de antigüedades; en el primer piso funciona una lógia masónica, y en los demás viven distintas familias, mientras que el príncipe, solo se reservó algunas habitaciones en un piso modesto burgués. Alquilado está el palacio Odelscachi como en Roma, en tanto que sus propietarios llevan la vida tranquila y reducida de buenos propietarios que procuran sacar todo el partido posible de sus fincas para hacer frente á sus gastos.

Y era esto por que un viento de ruína soplaba sobre el patriciado romano del que las fortunas más cuantiosas habían zozobrado en la crisis financiera, quedando muy pocos ricos y ¡con qué riqueza! con una riqueza inmóvil y muerta que ni el negocio ni la industria podrían renovar. Los numerosos príncipes que se habían atrevido á emprender negocios habíanse arruinado por completo; los otros estaban aterrados y abrumados por enormes impuestos que se les llevaban cerca de una tercera parte de sus rentas y no les quedaba más recurso que el de ver como se agotaban en su inmovilidad los últimos millones estancados que les quedaban para

fracccionarse por las particiones, para morir, como muerte el dinero como todas las cosas, cuando no arraiga en una tierra viviente. En todo esto no había más que cuestión de tiempo porque la ruína final era irremediable, de una absoluta fatalidad histórica. Y los que se resignaban á alquilar, luchaban aún por la vida, procuraban acomodarse á la época presente, haciendo esfuerzos para poblar al menos el desierto de sus palacios demasiado grandes, mientras que la muerte habitaba ya en los de los otros, en los de los tercios y soberbios que se encerraban en la tumba de su casa como le sucedía á aquel terrible palacio Bocanera en el que sólo se oía de vez en cuando el ruido producido por la vieja carroza del cardenal, cuando salía ó entraba, al rodar sordamente sobre la hierba del lóbrego patio.

Pero á Pedro habíanle llamado sobre todo la atención esas dos últimas visitas, al Transtíbere y al palacio Farnesio, y se completaban una á otra, ayudando á su comprensión, pudiéndose deducir de ellas una conclusión que nunca se había presentado con claridad tan aterradora; no había aun pueblo, y muy pronto iba á dejar de haber aristocracia.

Esta idea, desde entonces fué su obsesión como si se tratase del fin de un mundo, de una sociedad. El pueblo, al que había visto tan miserable, de una ignorancia y una resignación tales en su larga infancia en la que le obligaban á permanecer su historia y el clima que le rodeaba, necesitaba muchos años de instrucción y de educación para que pudiese constituir una democracia fuerte, sana y laboriosa que tuviese tanta conciencia de sus derechos como de sus deberes. La aristocracia moríase en el fondo de esos palacios que se venían abajo y no era más que una raza con-

cluída, bastardeada, tan mezclada con la sangre americana, austriaca, polaca y española, que la pura romana era una excepción; esto sin contar con que había dejado de ser de espada y de religión, porque pugnaba servir á la Italia constitucional y desertaba del Sacro Colegio en donde los advenedizos eran los únicos que revestían la púrpura. Aparte de esto, entre los grandes de arriba y los pequeños de abajo, no había aun una burguesía, una clase media sólida e instalada, fuerte, con una sávia nueva y bastante prouiente é instruída para ser la educadora transitoria de la nación. La burguesía lo eran aun los antiguos demésticos, los clientes antiguos de los príncipes, los colonos que arrendaban sus tierras, los intendentes, abogados ó notarios que se encargaban de la gerencia de sus asuntos; lo era toda esa sociedad formada por empleados, funcionarios de todas las categorías y clases, diputados, senadores, que el gobierno había llevado tras sí desde las provincias; lo eran, por último, los halcones rapaces que caían sobre Roma, los Pradinos los hombres de presa que habían acudido de todo el reino, que clavaban las garras y devoraban todo con sus picos, pueblo y aristocracia. ¿Para quienes pues, habían trabajado? ¿Para quien los trabajos de la nueva Roma, de una esperanza y de un orgullo tan desmesurados, que no podían terminarlos? Soplaba el terror, oíase un crujido despertando en todos los corazones fraternales una inquietud preñada de lágrimas. ¡Sí! La amenaza del fin de una clase social, el no tener aun pueblo, la aristocracia condenada á desaparecer y una burguesía ambiciosa devorante que guiaba al saqueo por entre las ruinas. Y que símbolo más tremendo el de esos palacios nuevos construídos sobre el modelo

gigantesco de antaño, esos palacios enormes, fastuosos, pululando para esos centenares de miles de almas anualmente esperadas, esos palacios en los que debía instalarse la riqueza creciente, el yo triunfante de la nueva capital del mundo y que se habían convertido en refugios lamentables, manchados y ya tambaleantes, de la miseria del pueblo bajo, y tras de éste, la de todos los mendigos y vagabundos.

En la noche de ese día, y reinando por completo la negra sombra, fuese Pedro á pasar una hora al muelle del Tiber delante del palacio Boccanera. Aquello era para él un recogimiento, una soledad extraordinaria á la que tenía cariño á pesar de los avisos de Victorina que pretendía que aquel sitio no era seguro. Y en realidad, en noche de tan densa oscuridad como aquella, nunca se habría hallado sitio más apropiado para una emboscada y que al mismo tiempo tuviese una decoración más trágica. No se veía ni un alma, ni un transeunte y sí un silencio, un vacío, una sombra que se extendían á derecha é izquierda y enfrente. Las empalizadas que cerraban el inmenso taller de cantería abandonado, impedían el paso hasta á los mismos perros.

En la esquina del palacio, envuelto en tinieblas y que había quedado más bajo despues del arreglo de las rasantes, ardía un mechero de gas que iluminaba el muelle á ras del suelo giboso, con un resplandor indeciso, y los materiales de construcción tirados por allí, los montones de ladrillos, las piedras de sillería producían grandes y vagas sombras. A la derecha brillaban algunas luces sobre el puente de San Juan de los Florentinos y en las ventanas del Hospital del Espíritu Santo. A la izquierda, en el indefinido hundimiento de

de la corriente del río, los barrios lejanos se hundían y desaparecían. Después, en frente estaba el Transtibere, semejándose las casas de la orilla á pálidos fantasmas indistintos, con los rasos vidrios amarillentos, con una claridad turbia, mientras que por cima una banda sombría era lo único que indicaba el Janículo en el cielo. Los faroles de algún paseo, allá en lo alto, hacían cetera tellear un triángulo de estrellas.

El Tiber era, sobre todo, lo que más apasionaba a Pedro, á aquellas horas nocturnas de una majestad tan melancólica. Permanecía echado de bruces sobre el parapeto de piedra contemplándole durante largos minutos mientras deslizaba su corriente en los elevados muros que, por la noche, tomaban la negra y monótona apariencia de una prisión construída allí por un gigante. Mientras que las luces brillaban en las casas de enfrente, veía las turbias aguas pasar, tornasolándose con lentitud en los reflejos cuyo estremecimiento le daba una vida misteriosa. Y soñaba sin cansarse con el pasado famoso de aquel río, evocaba con mucha frecuencia la leyenda que asegura que entre el lodo de su lecho hay enterradas riquezas fabulosas.

A cada invasión de los bárbaros, y sobre todo antes del saqueo de Roma, decíase que habían arrojado allí los tesoros de los templos y de los palacios, para librarlos de la rapiña de los vencedores. Allá abajo ¿aquellas barras de oro que temblaban en el agua verde, no eran producidas por el candelabro de oro de siete brazos que Tito llevó desde Jerusalem? Aquellas palideces que sin cesar hacían cambiar de forma los remolinos, ¿no serían las producidas por las blancuras de las columnas y las estatuas? Y aquellos tornasolados profundos que relumbraban cual pequeñas llamaradas, ¿no

serían un montón confuso de metales preciosos, copas, vasos y alhajas adornadas con finas pedrerías? ¡Qué ensueño ese pululamiento entrevisto en el seno del antiguo río y la vida oculta de esos tesoros que habían dormido allí durante tantos siglos! ¡Y qué esperanza, para el orgullo y enriquecimiento de un pueblo, la de los hallazgos milagrosos que podrían hacerse en el fondo del río si pudiesen sondearlo ó desecarlo un día, como se había ya hecho un proyecto! Allí estaba quizás la fortuna de Roma.

Empero durante aquella noche tan negra, y mientras permanecía Pedro echado de bruces sobre el parapeto, no hubo en él más que pensamientos de severa realidad. Continuaba sus reflexiones del día que le inspiraron sus visitas al Transtibere y más tarde al palacio Farnesio. Y ante aquellas aguas muertas llegó á hacer la conclusión de que, la elección de Roma, para convertirla en una capital á la moderna, era la gran desdicha que hacía sufrir tanto á la joven Italia. Y, sin embargo, sabía que esa elección se imponía como inevitable, pues Roma era la reina de la gloria, la antigua señora del mundo, á la cual estaba prometida la eternidad y sin la que la unidad nacional, habíase creído siempre imposible, de tal manera, que el caso se presentaba terrible, puesto que sin Roma, Italia no podía existir y que con Roma parecía difícil que existiese. ¡Ah! ¡Qué sorda voz de desastre adquiriría durante la noche, aquel río muerto! Ni una sola barca, ni un estremecimiento comercial é industrial de las aguas que acarrear la vida á las grandes ciudades! Sin duda habíanse ideado grandes proyectos; Roma convertida en puerto de mar, trabajos gigantescos, el lecho del río ahondado para

permitir á los buques de mucho tonelaje que pudiesen llegar hasta el Aventino, pero todo esto no eran mas que quimeras, porque apenas acababan de dragar la embocadura, cuando otra vez volvía esta á cegarse. Y la otra causa de agonía, la Campiña romana, el desierto de muerte que atravesaba ese río y que formaba al rededor de Roma como una cintura de esterilidad. Hablábbase de hacer en ella grandes obras de drenaje y replanteo, y se discutía en vano la cuestión de si era o no fértil en la época de los romanos y, no obstante eso, Roma continuaba encerrada en medio de ese vasto cementerio como una ciudad de otros tiempos, separada para siempre del mundo moderno por esa landa en la que se acumuló el polvo de los siglos.

Las razones geográficas que en épocas pasadas le dieron el imperio del mundo, no existen hoy. El centro de la civilización no está en su lugar y el lago Mediterráneo está repartido entre naciones poderosas. Todo va á parar á Milán, la ciudad de la industria y el comercio, mientras que Roma es solo un pasaje. Por esto sin duda los mas heróicos esfuerzos hechos durante veinticinco años, no han podido librarla de ese sueño letárgico é invencible que sigue invadiéndola. La capital que quisieron improvisar con demasiada precipitación, se detuvo angustiada en su desarrollo y casi arruinó á la nación. Los recién llegados, el gobierno, las cámaras y los funcionarios, no hacen mas que acampar y huyen en cuanto empiezan los primeros calores, para evitar el clima mortal. Y hasta tal punto sucede esto, que se cierran hoteles y almacenes, que paseos y calles se quedan vacíos y la ciudad, no habiendo adquirido vida propia, parece que cae en el marasmo de la muerte en cuanto la vida ficticia que la ani-

ma la abandona. Todo está así en espera, en esa ciudad de sencilla decoración, en la que la población no aumenta ni disminuye y en la que se necesitaría que surgiesen muchos hombres y muchos millones en dinero para acabar de construir y poblar las inútiles é inmensas construcciones de los barrios nuevos. Y si era cierto que mañana refluiría todo en el polvo del pasado, era pues preciso forzarse á la esperanza. Pero ¿no estaba ese mismo suelo exhausto ya, puesto que ni los monumentos arraigaban? ¿Se habría concluído para siempre la sávia que hace sean buenos y sanos los seres, fuertes las naciones?

A medida que avanzaba la noche, las luces de las casas del Transtíbere íbanse apagando de una á una, y Pedro permaneció allí durante mucho rato aún, dominado por la desesperación é inclinado sobre las aguas que se habían vuelto negras. Eran las tinieblas sin fondo y no quedaban, entre la sombra del Janículo que había ido espesándose, más que las tres lucecillas de gas, el triángulo de estrellas. Ningún reflejo tornasolaba ya el Tíber con dorados estremecimientos ni hacía danzar, bajo el misterio de su corriente, la quimérica visión de fabulosas riquezas y habíase concluído la leyenda, el candelabro de oro de siete brazos, los vasos de oro, las alhajas de pedrería, todo ese ensueño de riqueza y de un tesoro antiguo desaparecido en la noche como la misma antigua gloria de Roma. Ni una claridad, ni un ruido, el sueño infinito, nada más que el sordo rumor de la caída de las aguas de la alcantarilla, allá á la derecha, que se oía y no se veía. Las aguas habían desaparecido también y á Pedro no le quedaba más sensación que la de su corriente de plomo por entre las tinieblas, la pesada vejez, la secular fatiga, la tristeza

inmensa y el deseo del vacío de ese Tíber muy anciano y muy glorioso, que parecía no rodar entre sus aguas más que la muerte de un mundo. Solo el riquísimo cielo, el eterno cielo fastuoso, era lo que desarrollaba allí la vida esplendorosa de sus miles de astros, por encima del río de sombra que se deslizaba al pie de las ruínas de cerca de tres mil años.

Y como Pedro, antes de irse á su cuarto entrase en el de Darío para sentarse un momento, halló allí á Victorina preparándolo todo para la noche, y que al oírle contar de donde venía, no pudo por menos de exclamar:

—¡Cómo! ¿Os habeis vuelto á pasear por 'ese muellito' á estas horas, señor abate? Sin duda teneis empeño en que os larguen alguna buena puñalada. ¡Ah! ¡Os aseguro que no sería yo quien tomase el fresco á una hora tan avanzada de la noche en esta condenada ciudad!

Con su acostumbrada familiaridad volvióse hácia el príncipe, que reclinado en un sillón sonreía al oírla.

—Habeis de saber que esa muchacha, la Pierina, no ha venido; pero la ví que andaba rondando por allá abajo, por los derribos.

Con un gesto hízola callar Darío, que se encaró con Pedro.

—Y sin embargo la hablásteis... Esto es tonto después de todo... Ya vereis á ese bruto de Tito venirme á clavar su puñal en el otro hombro.

Se calló de una manera brusca porque acababa de ver delante de él á Benedetta, que había entrado en la habitación, sin hacer ruido, para darle las buenas noches y le estaba escuchando. Su apuro fué grande; quiso hablar, explicarse y jurarla que su inocencia en aventura

semejante era completa; pero sonrióse ella y se limitó á decirle con mucha ternura:

—Estaba enterada de tu historia, Darío mio. Debes comprender que no soy tan tonta para no haber reflexionado y comprendido... Si no te hice ninguna pregunta es porque estaba segura de que á pesar de todo, me seguías amando.

Aparte de esto era muy dichosa porque aquella misma noche había sabido que monseñor Palma, el defensor del matrimonio en su pleito de divorcio, se mostraba agradecido por el servicio prestado á su sobrino, presentando un nuevo escrito que la era favorable. No era esto que el prelado, deseoso de servirla, se hubiese declarado abiertamente y de un modo completo por ella, pero los certificados de los dos médicos le habían permitido manifestar que existía el estado de virginidad indudable, y enseguida, deslizándose hábilmente sobre el hecho de que la no consumación procedía de la resistencia de la mujer, agrupó con mucha destreza todas las razones que hacían necesaria la anulación. De este modo quedaba descartada toda esperanza de aproximación y se manifestaba como indudable que los esposos se hallaban en peligro continuo de caer en la incontinencia. Aludía discretamente al marido, indicando había sucumbido á ese peligro y después alababa la alta moralidad de la esposa, su devoción, todas sus virtudes que eran una garantía en favor de su veracidad. Y sin pronunciarse decididamente por una solución determinada, dejaba ésta para que resolviese la congregación. Desde luego, y puesto que monseñor Palma repetía poco más ó menos los argumentos del abogado Morano, y una vez que Prada se obstinaba en no mostrarse parte, parecía fuera de toda duda que la

congregación votaría la anulación por una gran mayoría, lo que permitiría al Santo Padre obrar con benevolencia.

—¡Ah! ¡Hémos ya al final de nuestras penas, Darío! Pero ¡cuánto dinero! ¡Cuánto dinero se necesita! Mi tía dice que apenas nos va á quedar agua para beber.

Y se reía con esa indiferencia hermosa de apasionada enamorada. No era esto porque la jurisdicción de las congregaciones fuese ruinoso, porque en principio la justicia era gratuita, sólo que había que pagar una multitud de gastos insignificantes, á los empleados subalternos, á los médicos por sus reconocimientos, las inscripciones en los registros, los escritos, los pedimentos. Después aunque no se compraban directamente los votos de los cardenales, no por esto ciertos votos de estos dejaban de costar carísimos y gastar grandes sumas cuando era preciso contar con las personas que les rodeaban y hacer maniobrar todo un mundo alrededor de sus eminencias. Sin contar con que los grandes regalos en dinero son, en el Vaticano, razones decisivas para arreglar las peores dificultades, pero hay que saberlo hacer con tacto. Y por último el sobrino de monseñor Palma había costado horriblemente caro.

—¿No te parece, Darío? Puesto que estás curado, que nos permitan casarnos pronto y esto es todo lo que pedimos... Les daré hasta mis perlas que es la única fortuna que me quedará.

Darío reía también porque el dinero no había influido nunca en su vida. No lo tuvo jamás en abundancia y contaba con vivir siempre al lado de su tío el cardenal que no dejaría al matrimonio en medio de la calle. En su ruina esos cien mil, doscientos mil francos, no representaban nada para él que había oído decir

que algunos divorcios costaron hasta quinientos mil francos ó muchísimo más aún. Así que no contestó más que con una broma.

—Dales mi sortija, dáselo todo, querida mía, y vivamos dichosos y felices en el fondo de este viejo palacio aun que sea preciso venderlo todo hasta los últimos muebles.

Benedetta se entusiasmó y cogiéndole la cabeza entre las manos le besó apasionadamente en los ojos, con un arranque de extraordinaria pasión.

Volvióse de pronto hacia Pedro al que dijo:

—¡Ah! Perdonadme, señor abate...; tengo que daros un recado. Sí, fué monseñor Nani, el mismo que nos trajo la buena noticia, quien me encargó que os dijese que os haceis olvidar demasiado y que convendría que obráseis en defensa de vuestro libro.

Escuchóla asombrado el presbítero.

—Pero si fué él quien me aconsejó que desapareciese...

—Sin duda... Sólo que, según parece, ha llegado el momento en que es preciso que veais á todo el mundo, moviéndooos y defendiendo vuestra causa. Y ¡sabed una cosa! Ha podido averiguar el nombre del relator encargado de examinar vuestro libro, es monseñor Fornaro, que vive en la plaza de Navona.

El asombro de Pedro fué en aumento. No se hacía nunca eso de decir el nombre de un relator, que se guardaba en secreto para que tuviese entera libertad para juzgar. ¿Era, pues, que iba á comenzar una nueva fase de su existencia en Roma? Y sencillamente respondió:

—Está bien, en adelante obraré é iré á visitar á todo el mundo.